

y vosotras tal vez no lo comprendáis, al llegar a casa de la calle bruñida por la lluvia como un cristal, y acercaros al radiador que todavía no es un motivo decorativo y humorístico. Pero, por violentos y exaltados que seamos los hombres, todavía Dios sigue siendo el que impone su voluntad sobre todas las cosas. Y ¡ay de nosotros! si así no fuera...

Te reirías, como me río yo, si pudieras verme escribir, enjugándome las lágrimas que me brotan de los ojos, porque esta calefacción de la leña húmeda tiene ambiciones de asfixia; contemplándome los dedos enguantados hasta las yemas, y observando cómo he conseguido tener los pies más altos que la cabeza para que las llamas me laman las botas claveteadas con la esperanza de fundir el hielo que ha orlado los zapatonos como la más brillante diadema de la princesa más orgullosa de sus joyas... pedestres. Pero todo esto no tiene más importancia que la de expresar cómo se sufre y cómo se buscan los mecanismos más inverosímiles para mitigar los dolores.

De ti, de tu risa y de tu sonrisa que elogio tanto, quisiera hablarte ahora que no leerás mi carta y sin rodeos puedo «meterme contigo». Es graciosa y tiene sello personal; pero la juegos con exageración de la ocasión y el detalle, y hasta si me lo permites de la entonación. No te ries porque los hechos a tu alrededor tengan gracia, sino porque valoras el momento para enseñar a los que te admiran el doble collar de tus dientes preciosos, en ese mohín que es todo afectación. Aunque tú creas otra cosa, es más bella, más señorial, más juiciosa, más «chic» si quieres también la palabreja bárbara, la sonrisa templada y suave que entreabre la boca y deja presenciar tras la huella de los labios finos la aparición nacarada de los dientes igualísimos. Prueba ante el espejo. Yo no te engañé casi nunca; ni siquiera cuando te advertí que probablemente tardaría bastante en volver a verte aquella tarde, y aun no volví... por miedo a que aleccionándote quisieras luego volar mucho. Cuando te ries, sobre todo si es porque ciertamente el chiste o la comedia te hayan hecho gracia, estás realmente sugestiva; pero en el estruendo de la risa se echa de ver algún recuerdo ancestral de tatarabuelo borracho que hubiera escapado del cuadro velazqueño más famoso; y entonces se une esta sensación con aquel brillo que despiden tus ojillos — los ojos son vivos, pero tendrás que alargarlos con menos insensatez de «abéñula» — cuando apuras una copita y la sangre te llama con apetitos báquicos. No te rías glotonamente, o riéte solo y exclusivamente para tu amor si ya le has encontrado. Y piensa a este propósito, que si tu novio es muchacho de risa amplia, de sonoridades estrepitosas, tus hijos serán borrachines empedernidos o por lo menos ruidosamente algareros. (Conste que no he hecho este vaticinio a cuenta de sus problemáticos hijos porque yo sea hombre serio... y aunque ahora me ría para mis adentros).

Se me ha acabado la calefacción y mientras renuevo la carga de leña lloraré con tanto afán que habré de dejar en paz la escritura.

Vuelvo ahora, luego de dos horas de «faena». Es posible que las líneas que queden, estén hinchadas de pesimismo. ¡Menos mal que no las leerás! Ha venido la ambulancia de nuevo, con seis muchachos que sufren heladuras de distintas clases. Siempre me dió asco la Medicina, pero además ahora me parece la creación de un grupo de intelectuales que por vivir del dolor de los demás, son incompatibles con el resto de los mortales. En la guerra no debería haber médicos: sería suficiente con sacerdotes, enfermeras y matadores. No te rías: matadores, porque de algún modo hay que titular al que mata; o si quieres, puntilleros. Pero entonces la palabra recordaría mucho aquel frío aspecto de la fiesta taurina y los hombres todavía nos empequeñeceríamos más. Te decía que los sacerdotes son indispensables porque nada hay que consuele tanto cuando te das cuenta de que te han acertado bien, como la promesa del perdón supremo de nuestras culpas. Seguidamente el papel de la enfermera, si acierta a desempeñarle bien (y te anticipo que son algunas las que siguen pensando que hacen teatro) puede sustituir a la madre y a la hermana en la que el listado piensa siempre con balbuceos de angustia; y en fin, el matador, sería para mí el único papel del médico, ya que con la dosis de anestésico suficiente, ahorraría tantos dolores espantosos que además dejarán luego en la vida mutilada,

una huella imprescriptible. Te decía que han llegado seis muchachos: son bajas de la helada. Como las que tendrán necesariamente los rojos a millares. Pero es impresionante esta lividez y este abatimiento, que no tiene ningún parentesco con las heridas de guerra propiamente dichas. Cuando hay «fregado» por cada cien heridos, noventa y cinco llegan gritando que no tienen nada, que han de volver enseguida al frente, y ¡Arriba España! y ¡Viva Franco! Te emocionan los cuadros pero te convences de que la raza no puede ser víctima de la asechanza rojo-moscovita. Cuando contemplas el desmadejamiento, el abandono, la laxitud, la falta de vitalidad del que trae un miembro helado, sientes tu mismo frío en el corazón y comprendes la grandeza divina y la necesidad humana del «matador» que yo preconizo.

Quiero concluir, porque una carta demasiado larga, siempre enoja al entreabrir el sobre; y si ésta no es en realidad misiva ni tendrá sobre,

poco importa para mi regusto de redactor de carta que a los defectos propios, uniría los de resultar una especie de tabarra. Te he hablado de la dureza de tu risa y hasta me he permitido un consejo acerca de lo que considero su violencia ruidosa. Y ¡si vieras ahora cómo me gustaría oír cantar en estos parajes! Porque lo probable es que, a pesar de este único defecto que tanto trabajo me costó hallarte; a pesar del tiempo transcurrido, y a pesar de la morriña de la guerra; lo probable es que esté «aún» enamorado de ti. Pero este secreto si se descubre algún día, será cuando en toda España íntegra haya «amanecido». Hoy pienso, nena, que el sacrificio mínimo del hombre honrado español, es poner antes la Patria que el corazón. Tuyo,

S.

EN EL FRENTE.

Junio del III Año Triunfal.

Antipática: He pasado por tantos pueblos y ciudades destrozados por la guerra, que creí que nada me quedaba por descubrir. Y he ahí que esta mañana al pasar por aquí, me enfrento con esta casa e instantáneamente el pensamiento salta hacia ti. ¿Por qué? Ni yo mismo lo sé. Esa pobre casita, humilde, metida ahí entre sus hermanas mayores; con su traza serena y sencilla; aquel balcón de arriba cerca de la gran herida limpia, como la herida de tu corazón al borde de tu mirada; el recato del arco austero y callado como tus labios, me han llevado

a pensar en ti. Pensamiento pulcro como de andar mañanero, que luego se ha ido ensuciando en el polvo de los caminos y al fin ha venido a parar en lo de siempre: que le tengo envidia a él por su heroísmo y su cruz y su muerte; y a ti por el silencio y el respeto y la lealtad a la memoria. Tanta severidad me malquistaron contigo y por eso te llamé siempre «antipática»; y tanto dolor por el caído me parece, empero, la prenda tangible más bella de tu persona. Si el tiempo mitigara tu dolor — porque yo estoy seguro que él te lo aconsejará desde los luceros — a mi me gustaría acercarme a tu lado para verte el corazón desde las pupilas como se puede ver lo hondo de la casita pueblerina asomándose a la tronera que trazó el cañón. Pero entonces temo, que sencillamente por el abandono del gesto magnífico me parecías más «antipática» que antes y acaso el «flirteo» acabaría en antipatía de verdad.

Antipática: Sigo mi camino y camina tú por el tuyo, que los dos son de sufrimiento y expiación por ahora. Si algo te pudiera pedir, te diría que siguieras como antes, como siempre, con el corazón asomado a los ojos y la pena severa y sencilla en el balcón de los labios... mientras haya guerra. Si antes dejaras de ser antipática para mí, es que en tu alma cabía una reparación sencilla como en esa fachada, con solo poner cuatro ladrillos. Yo te quiero, antipática, pero leal al sentimiento, aunque no te quiera para mí. Que de esto cuando acabemos con los rojos, que ya falta poco, hablaremos tú y yo y... los luceros. Entre tanto, Dios permita que sigas siendo muy antipática, para todos y para tu, R.

Por la copia, muy incómoda por cierto desde el parapeto, ayudado de un soldado y una tabla de plancha.

SPECTATOR.



...aquel balcón cerca de la gran herida limpia como la herida de tu corazón...